

Versión online de Las Cartas de Kátsar: septiembre 2015

Este capítulo pertenece a la obra original de Las Cartas de Kátsar, © Alejandro Pino Alamillo .

© Derechos de edición reservados.

Alejandro Pino Alamillo.

Alejandro Pino Alamillo.

www.alejandropino.net

alejandropinoalamillo@gmail.com

Colección Novela

© Alejandro Pino Alamillo

Edición: online a través de www.alejandropino.net .

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los contenidos de las páginas web de Alejandro Pino, ya sean fotografías, imágenes, dibujos, textos, audio, video, software, logotipos y diseño, están protegidos por la normativa de Propiedad Intelectual e Industrial, en particular por el RDL 1/96 que aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la Ley de Marcas 17/2001.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) o al autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47; www.alejandropino.net).»

Las Cartas de Kát sar

*Capítulo **III** : Preludio de que algo
emocionante va a pasar*

por

Alejandro Pino Alamillo



Mérlobock es una isla que permanece acérrimamente independiente del Gran

Continente del que procedo. Un lugar de pantanos y marjales, conocido por sus frías brumas y su desapacible clima, que al igual que el alma de sus gentes, es frío, gris y aburrido. Los asentamientos y puertos de la isla están bajo la administración de los Halfrings, una familia de granjeros con títulos de nobleza. Al principio me preguntaba por qué ningún rey o príncipe había conquistado aquella tierra, ahora comprendía que aquella mierda de islote no importaba a nadie.

El horizonte cubierto por un espeso manto de nubes era inescrutable. La lluvia repiqueteaba sobre el armazón de madera del carruaje que Alatirno había hecho venir a recogernos. Me sentía como si me hubieran tirado un tronco sobre la cabeza. Me incorporé un poco: <<Maldita *sangre de trasgo*>>. Miré a un lado y vi a mi contratista roncar despreocupadamente. Decidí mirar hacia el otro lado, a través de una pequeña ventana: había pequeñas granjas desperdigadas que dejaban paso a cabañas solitarias, los pocos campos cultivados se extendían hasta desaparecer bajo los pantanos. Sonreí al imaginarme a alguien tratando de localizarme ahora.

Para cuando llegamos a nuestro destino, el sol, que ya estaba oculto tras las nubes, casi se había retirado. El paisaje se sumió en la oscuridad, y sobre la cima de una pequeña colina, que parecía una isla en medio de un gran océano nocturno, vi una gran vivienda iluminada por el fuego de las chimeneas.

Alatirno cabeceó y despertó repentinamente.

—Oh, ya hemos llegado—dijo al mismo tiempo que se limpiaba un rastro de babas en torno a su boca.

—¿Esta es la capital de Mérlobock?

—Oh, no. Claro que no—respondió mi seboso amigo riendo—. Ondianne está a seis horas de viaje desde aquí. Esta es la Granja de los Halfrings.

Bajé de aquel trasto de madera con ruedas y sentí un profundo alivio mezclado con el agotamiento. El aire era fresco y agradable pese al humo de las chimeneas. Con cierta pereza, debido a la resaca, agarré a *Esfinge* y la saqué también del carruaje. Entonces oí un grito, acompañado del ruido de pisadas sobre la tierra húmeda.

—¡Tío Al!

—¡Alissa!—contestó Alatirno antes de fundirse en un abrazo con una joven moza—. ¿Qué tal estás sobrina? ¿Tan tarde despierta?

—Tío Al, todavía no han servido la cena, llegas justo a tiempo—el entusiasmo de la joven denotaba el afecto que sentía por su tío—. Vamos, mi padre se alegrará de que hayas vuelto tan pronto.

—Mira Alissa, te presento a Kátsar.

La chica se fijó en mí por primera vez, como si hasta entonces no se hubiese percatado de mi presencia. Para ser sinceros, fue entonces cuando yo también presté atención. Era una joven de cabellos rubios y busto generoso. Los detalles suficientes para que un hombre se fijase en ella.

—Es un placer recibirle en nuestro hogar, señor Kátsar—dijo Alissa dócilmente.

—Informa a Mordomo de la llegada de nuestro invitado, que le prepare un baño caliente y una habitación donde quedarse a dormir—ordenó Alarino a su sobrina—. Descansa un poco, Kátsar. Nos vemos en el salón principal para cenar.



Un hombre que mediría más de dos metros de altura y de piel oscura como el carbón me llevó hasta mis nuevos aposentos. Allí me esperaba un recipiente de hierro fundido que se elevaba sobre cuatro siniestras patas, parecía que de un momento a otro aquella bañera fuese a echar a correr. El vapor del agua caliente me invitaba a sumergirme en un placentero baño.

—Si desea algo más, avíseme—dijo Mordomo con voz grave y un fuerte acento.

Hice un gesto con la cabeza, indicándole la salida. Estaba claro que aquel hombre tampoco era de Mérlobock. Sospechaba de qué tierra procedía, era probable que hubiese tenido algún encargo en su hogar por lo que era mejor no intercambiar demasiadas palabras.

Cuando la puerta se cerró a mi espalda, decidí desprenderme de la ropa e introducirme en aquella tina metálica. Apenas me importó lo caliente que estaba el agua, hacía días que mi cuerpo no entraba realmente en calor. Observé mi rostro reflejado en la superficie del agua, mis cansados ojos marrones me devolvían la mirada con reproche: <<¿Dónde han quedado tus años como Kristin?>>—parecían transmitir. Pasé una mano por la barba que cubría la marcada barbilla de aquella cara. Sumergí la cabeza y aguanté varios segundos la respiración, tras un tiempo de oscuridad y silencio volví a emerger con fuerza, arqueando la espalda y el cuello de manera que la maraña de pelo largo y castaño cayese sobre mi espalda. Pensé en lo que haría a continuación, estaba en el fin

del mundo, en aquella desapacible isla. Entonces fue cuando recordé que un hombre con el estómago vacío no puede pensar con claridad.



Me reuní con mis anfitriones en el salón principal. Allí estaban Alatirno, Alissa y el verdadero Hîr Halfrings: era un hombre rechoncho, poco agraciado, con nariz ancha y una espesa mata de pelo blanco.

—¡Kátsar, amigo!—gritó Alatirno eufórico—. Ven, ven, siéntate junto a mí. Justo estábamos hablando de ti.

Tomé asiento, cerrando un cuadrado perfecto. Mordomo me sirvió una grasienta y humeante pata de cordero acompañada de patatas cocidas.

—¿Queréis vino, Hîr Kátsar?—preguntó el señor de la casa con voz inquisitiva.

—Me temo que el único Hîr sois vos—qué extraño resulta hablar con un noble—, pero me conformaré con un poco de *sangre de trasgo*.

Hîr Halfrings asintió, gesto suficiente para que su mayordomo se retirase a por una jarra de cerveza tan oscura como su piel.

—Dejemos los formalismos—propuso Alatirno con disgusto—, estamos en Mérlobock. Mi hermano, Hîr Halfrings, es Lorion Halfrings: administrador de estas tierras. A mi sobrina ya la conoces: Alissa Halfrings.

La joven lucía una túnica del mismo color que sus ojos dorados. Tenía una sonrisa tímida en los labios y el rostro enrojecido.

—Y qué asuntos le traen por mis tierras, ¿Kátsar?—preguntó Lorion, pasando del rebuscado lenguaje de nobles al formalismo común.

—Soy su nuevo cartógrafo, Hîr Lorion.

Alatirno asintió jocoso. La *sangre de trasgo* volvía a apoderarse de él, sonrojando su carilla de cerdo. Por el contrario, mi mente pensaba en mi nueva identidad y dibujaba los pasos a seguir en mi plan. Terminé de cenar y me levanté de la mesa, haciendo acopio de los pocos modales de que dispongo, rogué que me disculpasen, bajo el pretexto de un cansancio fingido, y me retiré a mis aposentos.

De camino a mi dormitorio tuve que atravesar un frío pasillo sin decoración alguna donde decidí dejar mi aportación escupiendo en el suelo. Tanto formalismo se me atraganta.



A la mañana siguiente me despertaron los gritos. Había voces masculinas que maldecían, voces femeninas que lamentaban. Algo había sucedido. *Esfinge* dormía inerte junto a mí en la cama. Decidí agarrar mi espadón, me enfundé los pantalones y unas botas y salí al exterior de la casa.

El gris parecía eterno. Un manto de nubes amenazaba con descargar su furia sobre todos nosotros. Varios campesinos y sirvientes de la granja estaban reunidos en torno a algo. En cuanto me vieron llegar pude sentir sus miradas inquisitivas. A pesar de ello, me abrí paso para descubrir a qué se debía tanto alboroto. A lo largo de mi vida he visto muchas cosas terribles, por ello no me sorprendió encontrar los restos de un hombre despedazado sobre un charco de barro y sangre. En aquel mismo instante, Lorion llegó acompañado por su hija y Mordomo.

—Métete dentro hija, aquí no hay nada que ver—ordenó el padre con tono protector.

—¡Las bestias, señor!—gritó una mujer.

—¡Los demonios de nuevo, Hîr Halfrings!—gritó otra.

—¿Demonios?—repetí medio riendo—. Si esto hubiese sido obra de demonios, ninguno de vosotros estaría vivo ahora.

Hubo un silencio tan frío como el ambiente.

—¿Qué clase de cartógrafo eres tú?—preguntó Alissa dejando a un lado sus modales. Su mirada recorrió mi pecho descubierto para acabar posándola en *Esfinge*.

Noté como los allí presentes miraban mi espada, después las cicatrices de mi cuerpo, y de nuevo volvían a mirar mi espada.

—¿Quién era?—preguntó Lorion con su característica voz grave.

—Era Gúlter, señor—contestó uno de los campesinos.

—Solo tenía catorce años...—dijo Alissa desviando la mirada y tapándose la boca.

—Las bestias han vuelto a llevarse cabras, mi señor—dijo otro, como si la muerte de Gúlter no fuese relevante—. Han desaparecido catorce cabras también.

—¿Catorce? ¿Cómo la edad del muchacho?—gritó una de las sirvientas de forma colérica—¡Demonios! ¡Son los demonios!

Hîr Halfrings abofeteó a la mujer de forma enérgica y ordenó a su marido, allí presente, que la hiciese callar o sería azotada.

Observé los restos de Gúlder, la tierra estaba removida como si alguien hubiese querido borrar un rastro. Me agaché y cogí uno de los miembros amputados del muchacho ante la estupefacción de los allí presentes. Una leve sonrisa se dibujo en mi rostro. Tal y como sospechaba, aquello no era obra de demonios ni de ningún tipo de bestia salvaje. Cada parte de aquel cuerpo había sido cortada de forma limpia y por algún objeto muy bien afilado. Era obra de algún hombre.

—Kátsar, mi hermano ha preguntado por usted esta mañana—dijo de repente Lorion. Su tono denotaba una cierta hostilidad hacia mí—. Vaya a reunirse con él en el salón principal.

Solté el trozo de Gúlder que sujetaba y me marché en silencio. Ganarse la vida en esta tierra tan pobre ya es muy duro sin tener que preocuparse por los ataques de bandidos u otras bestias, así que no es de extrañar que los habitantes de estos villorrios se muestren suspicaces ante los forasteros.

Alatirno no estaba en el salón principal, acabé dando con su paradero al cabo de veinte minutos deambulando por la gran casa. Estaba en su despacho, una pequeña biblioteca con una gran mesa de madera en el centro repleta de notas y mapas. El hombre estaba sumergido en sus dibujos cartográficos hasta que sintió mi presencia.

—¡Kátsar, amigo! Adelante— su habitual entusiasmo me sorprendía—, ven a ver a esto.

Desplegó otro mapa más grande cubriendo el resto de planos. La zona norte de Mérlobock apenas tenía indicaciones, rastro de caminos, poblaciones o cualquier otro dato de relevancia.

—Fíjate, nadie ha cartografiado esta zona de la isla. Hace unas semanas, descubrimos unas minas de hierro abandonadas, ¿imaginas lo que supondría para la isla volver a explotarlas?

—¿Quién descubrió esas minas? ¿Por qué hasta ahora no sabíais de su existencia?

—Fueron unos marineros, encallaron en una zona cercana, justo aquí—indicó en el mapa—. Cuando pudieron regresar a Brionne, informaron del descubrimiento.

—Pero, ¿por qué estaban abandonadas?—insistí, haciendo caso de mi instinto desconfiado.

—Quién sabe, tal vez descubramos los cimientos de un antiguo reino bajo Mérlobock—contestó emocionado—. Quiero organizar una expedición y descubrir si podemos aprovechar este hallazgo.

Asentí mientras observaba los trazos de aquel plano. Necesitaba recordar algunos detalles que me serían de gran utilidad para mi nueva identidad.

—Serás mi escolta y cartógrafo en esta expedición, es necesario que actualices estos planos para que podamos establecer una ruta que una las minas de hierro con Ondianne.

—Está bien, pero antes de partir necesito ir a Brionne, ¿podrías hacer que me llevaran?

—¿A Brionne?

—Bueno—dije—, necesito comprar algunas cosas en el puerto, cosas de cartógrafo.

—Ondianne está a seis horas de aquí, ¿no prefieres ir a la capital?

—No, necesito ir a Brionne—sentencié dirigiéndome a la salida.



No era fácil orientarse en Brionne. Las calles hacían giros imprevisibles, terminaban inesperadamente o daban complicados rodeos. Por suerte, sólo tenía que ir en dirección al mar, mi objetivo era el puerto de la ciudad. Pasee por el muelle, viendo el ir y venir de marineros descargando sus mercancías en los cobertizos más próximos a sus navíos. De repente, vi un ballenero atracado, era mi día de suerte. El capitán del barco discutía cerca del atracadero con los funcionarios al servicio de los Halfrings que cobraban a todas las naves el amarre en puerto.

—¡Sandeces! ¡No pagaré tal suma de dinero! ¡Ojalá el mar se trague este estercolero de ciudad!

Antes de que el acalorado hombre se marchase posé una mano en su hombro. Se giró violentamente, dispuesto a espetarme algo pero se lo pensó mejor cuando descubrió que iba acompañado de *Esfinge*.

—¿A dónde se dirige capitán?

—Al... norte de la isla, a buscar ballenas grises—contestó desconfiado.

—¿Tiene usted algún mapa del norte de Mérlobock?

—Por supuesto que sí.

Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Yo pagaré el amarre de su bonito barco.

La Sirena de Brionne estaba vacía. Su anciano dueño estaba concentrado traspasando el líquido de un recipiente a otro, temiendo derramar alguna gota.

—El cartógrafo ha vuelto, ¿te has aficionado a venir a Brionne?—dijo sin despegar la vista de sus quehaceres—. ¿Vienes a visitar a alguna mujer?

—Todavía no he tenido el placer de conocer a ninguna mujer en esta ciudad. Presiento que en Brionne sólo hay marineros, y ya sabes lo que dicen de los hombres que pasan semanas en alta mar sin ninguna mujer cerca.

—Tienes suerte de que nadie más haya oído tu comentario, guárdate tus chistes para escupirlos en tu tierra, forastero.

—Por el contrario—seguí hablando despreocupadamente—, la *sangre de trasgo* sí es un buen motivo para visitar Brionne. Sírveme una jarra y algo de comer.

El anciano terminó de rellenar las botellas y se marchó a la cocina mascullando. Me senté junto a una mesa cercana y coloqué sobre el mueble los mapas que acababa de comprar en el puerto. El norte de la isla no estaba cartografiado en ninguno de los planos, pero al menos toda la costa estaba perfectamente detallada. Ya era un cartógrafo con cartas.

Al cabo de diez minutos el anciano llegó con una jarra de *sangre de trasgo* en una mano y un plato de estofado de carne en otra. Sonreí satisfecho por mi trabajo y lo celebré con un buen trago de cerveza. Cuando degusté el plato de comida una sensación extraña recorrió mi paladar. Ya había probado aquel plato con anterioridad, pero había algo distinto, sabía a carne de verdad. Levanté la mirada y busqué al tabernero.

—¿Qué tipo de carne es esta?

—Cordero, ¿qué va a ser?

—No he visto a los marineros del puerto vendiendo cordero.

—No, claro que no—contestó malhumorado—. Se lo he comprado a Bílir, esta mañana.

—¿Dónde puedo encontrar a ese tal Bílir?

El anciano me miró con los ojos entrecerrados.

—Me gustaría comprarle un cordero—contesté sosteniendo su mirada.

—Creo que ya se ha marchado de Brionne, pero al parecer vende carne en el mercado de Lurianne, un pequeño pueblo a doce millas de aquí.

Asentí lentamente, cavilando cuáles serían mis siguientes pasos. Terminé de comer y beber, y dejé varias monedas sobre la mesa cuando el anciano se marchó de nuevo a la cocina. Salí al frío exterior de Mérlobock. Busqué al cochero de los Halfrings.

—¿Regresamos a la granja señor?

—No—respondí observando el hermoso filo de *Esfinge*—, vamos a Lurianne. Tengo que hacer una visita a un tal Bílir.

Kálsar
